

**Ecos de Italia *nova et antiqua*
en las letras chilenas**



Ecos de Italia *nova et antiqua* en las letras chilenas

Maximino Fernández Fraile

“**E**cos de Italia en las letras chilenas” pretende revisar la presencia en nuestro país de escritores italianos o descendientes de ellos y las influencias de aspectos de las letras itálicas en la historia literaria de Chile. Para el efecto, se revisan obras nacionales, desde *La Araucana* hasta la narrativa y poesía actuales, que presentan rasgos tomados de grandes autores de la antigüedad romana o de autores italianos relevantes y se resume la actividad literaria de italianos avecindados en Chile o descendientes de ellos.

Echoes of Italy nova et antiqua in the chilean letters

“**E**choes of Italy in the chilean letters” intends to check the presence of Italian writers or some of their descendants, as well as the influences of some aspects of the Italian letters in Chilean literary history. To that end, national works are revised, starting with *La Araucana* up to the current narrative and poetry, specially the one that includes some features taken from the great ancient Roman authors or outstanding Italian writers. Finally, a summary of the literary activity of Italian authors who live in Chile or their descendants is submitted to the readers.

**Ecoss de Italia *nova et antiqua*
en las letras chilenas**

Maximino Fernández Fraile
Universidad Metropolitana
de Ciencias de la Educación

Introducción

“**E**cos de Italia en las letras chilenas”: ante este título, inevitablemente, las dudas. ¿Referirse a las eventuales influencias itálicas en uno o dos escritores chilenos? ¿Intentar una visión más amplia, de tipo panorámico? ¿Mencionar a los escritores venidos de Italia a radicarse en Chile, hayan o no manifestado en sus obras influencias de su origen? ¿Nombrar a los escritores nacionales descendientes de italianos, hayan o no, también, como en el caso anterior, escuchado y aplicado aquellos significativos ecos?

Por cierto, la temática es sumamente atractiva, aunque, en mi caso, amplia y dispersa. En efecto, desde que se inicia lo que podríamos denominar comprensivamente literatura chilena, encontramos ciertas influencias itálicas en determinados casos, y también la presencia de un par de escritores nacidos en Italia y avecindados en nuestro país, y de otros, hijos o nietos de inmigrantes italianos, en cuyas obras no necesariamente aparece la influencia antedicha. Trataremos de considerarlos a todos. Y por eso, en el intento de escuchar panorámicamente los posibles ecos de Italia en los escritores chilenos, comenzaremos la búsqueda, obviamente, por el principio.

Los comienzos

Y el principio es un enorme poema épico, el mejor del Renacimiento europeo al decir de muchos, la primera gran producción artística inspirada a Europa por América y el primer libro impreso sobre Chile, que, único caso en los tiempos modernos, abre nuestro país a la historia con los sonos de la trompa épica, a la manera de Grecia y Roma con Homero y Virgilio. Nos referimos, por cierto, a *La Araucana*, de Alonso de Ercilla y Zúñiga.

Y en la estrofa inicial de esta gran obra ya están presentes los ecos de Italia.

No las damas, amor, no gentilezas
de caballeros, canto, enamorados,
ni las muestras, regalos y ternezas
de amorosos afectos y cuidados;
mas el valor, los hechos, las proezas
de aquellos españoles esforzados
que a la cerviz de Arauco no domado
pusieron duro yugo por la espada.

En efecto, Ercilla comienza su poema con la antigua fórmula tópica de anunciar el objeto de la obra, siguiendo el modelo del *Orlando Furioso* de Ludovico Ariosto, aunque invirtiéndolo, mediante el expediente de agregar un “no” inicial al viejo tópico. Si Ariosto había expresado

*Le donne, i cavalier, l'armi, gli amori,
le cortesie, l'audaci imprese io canto...*

Ercilla cantará no al amor, sino a la guerra. Nótese también a este efecto la forma verbal “canto”. empleada por Ariosto y Ercilla al inicio de sus respectivos poemas; es la misma que Virgilio menciona en el primer verso de la *Eneida*: “*Arma virumque cano...*”

Y a propósito de ecos antiguos, hay también en *La Araucana* otras influencias de Virgilio —el tema de la tempestad, por ejemplo, o la reseña del ejército mapuche con sus veintiocho capitanes— y de Lucano. Pero también hay antecedentes contrapuestos: si Virgilio desechó la dramática oposición de dos héroes, Aquiles y Héctor, que ofrecía la *Ilíada*, y propuso el modelo de uno solo como precepto en la epopeya, Ercilla fue más lejos y dejó su poema acéfalo al darse cuenta de que habría sido un despropósito elevar a tal categoría a soldados españoles de rango medio o a figuras indígenas, por relevantes que fueran para la historia chilena, como Valdivia o Lautaro, mientras los grandes generales del Imperio español luchaban en Lepanto o San Quintín. Y en otro sentido, Ercilla refutó, además, indignado, la versión virgiliana sobre la Reina Dido, fundadora de Cartago, como enamorada de Eneas, a fin de devolverle su fama de intachable castidad.

Por cierto hay otras influencias itálicas en el gran poema épico: ecos de *La Gerusalemme liberata*, de Torcuato Tasso; el empleo de la “ottava italiana” y del endecasílabo, llevado desde Italia a España por Juan Boscán; el encadenamiento de situaciones de la guerra de Arauco a base del ejemplo de la *Eneida* y la *Farsalia*, la narración de duelos guerreros singulares, la mención de presagios o agüeros, el empleo abundante de símiles, la recurrencia a cánones clásicos en la caracterización de personajes, la retórica latina de los discursos indígenas, la escasa

descripción del paisaje, por cierto a la manera clásica; los exordios que abren las diferentes partes de la obra, muchos de sus cantos y algunos relatos enmarcados, con reflexiones éticas o filosóficas, varias de ellas procedentes de Séneca, Cicerón y Lucano y de la tradición patrístico-escolástica; y, como ha señalado Julio Caillet-Bois, el recuerdo de Dante, Petrarca y Ariosto a propósito de poetas a quienes el amor dio exaltación y sutileza. No es poco decir.

(Recordemos, entre paréntesis, que antes de Ercilla, Pedro de Valdivia, en sus cartas, que aún no siendo literarias algunos consideramos que constituyen el inicio de la historia de nuestras letras, hizo alusiones a Julio César y utilizó citas latinas de San Pablo, manifestando con ello su personalidad y determinando la impronta de la nacionalidad chilena, que estaba fundando, entre la gloria del primero y la fe del segundo.)

Los ecos clásicos, notorios en diversos aspectos de la obra de Ercilla, propios por lo demás del Renacimiento, se dieron también, incluso de modo exagerado, en *El Arauco domado*, de Pedro de Oña, primer poeta nacido en territorio chileno, quien usó y abusó de recursos de esa naturaleza en las disquisiciones éticas del comienzo de cada canto, en los discursos mapuches a base de la retórica latina, en la descripción del paisaje, menos escaso y más poético que en Ercilla, pero igualmente expresado al modo renacentista; en el relato virgiliano de la tempestad, en comparaciones del protagonista con grandes capitanes de la Antigüedad y en alusiones a la mitología antigua, ciertamente exagerando la nota.

Siglos XVII y XVIII

Algún tiempo después, ya en pleno siglo XVII, en el *Cautiverio feliz*, obra de nombre en apariencia contradictorio, pero que se aclara cuando el autor señala en un breve poema, refiriéndose a Dios:

“Vos, Señor, sois mi refugio,
vos sois todo mi consuelo,
vos, de mi gusto, la cárcel,
vos, mi feliz cautiverio”

Francisco Núñez de Pineda y Bascañán, en la narración del tiempo que pasó como prisionero del cacique Maulicán, intercaló imitaciones y traducciones de poemas de Virgilio, Ovidio, Terencio, Silvio Itálico y Marcial, superándolos a veces, al decir de más de un estudioso.

La cercanía a Italia de las letras chilenas del siglo XVIII se hizo mayor, incluso físicamente, con la expulsión de los jesuitas de América decretada por Carlos III en 1767. En efecto, los sacerdotes chilenos de la Compañía de Jesús emigraron, como es sabido, a dicho país. Y dos de ellos alcanzaron gran renombre: Juan Ignacio Molina y Manuel Lacunza.

El primero, más conocido como Abate Molina, radicado en Bolonia, publicó allí, y en italiano, sus importantes obras naturalistas: *Compendio della Storia Geografica, Naturale e Civile del Regno del Chili*, en 1776; *Saggio sulla Storia Naturale del Chili*, traducida a varios idiomas, en 1782; *Saggio sulla Storia Civile del Chili*, en 1810; la segunda edición, “accreciuta e arricchita”, como señala el propio autor, del *Saggio sulla Storia Naturale del Chili*, también en 1810, y *Memorie di Storia Naturale*, en 1821. Ello le significó el reconocimiento de la Academia de Ciencias de la ciudad. Y tuvo también destacada participación en la Academia Pontificia de Ciencias Naturales, de Roma, a pesar de que sus ideas evolucionistas le significaron dificultades con el Santo Oficio.

Manuel Lacunza, en cambio, radicado en Imola y llevando una vida solitaria hasta su muerte, ocurrida a orillas del río Santerno, trabajó durante diecisiete años en la obra que le dio renombre universal: *Venida del Mesías en Gloria y Majestad*, publicada en 1790. Trató en ella del milenarismo –lapso simbolizado en la cifra de mil años, que ocurriría entre la venida del Mesías y el Juicio Final y durante el cual Jesús reinaría sobre la Tierra–, interpretando un pequeño puñado de textos bíblicos: un versículo de Isaías relacionado con otro de Habacuc, otros de Jeremías y las visiones de Daniel y San Juan sobre el fin de los tiempos. Esta obra polémica, puesta en el Índice por la Iglesia Católica en 1824 debido a sus apreciaciones pesimistas sobre el sacerdocio y por ser considerada peligrosa para los lectores corrientes, sigue vigente hasta hoy, siendo, como ha señalado Francisco Antonio Encina, el único texto de autor chileno cuyas ideas han tenido repercusión en el pensamiento mundial.

Siglos XIX y XX

Recordemos que los tiempos independentistas y la posterior anarquía de las primeras décadas del siglo XIX, naturalmente cargados de batallas y fuertes posiciones ideológicas, no fueron aptos para sacramentos artísticos. Y que luego, la influencia cultural francesa con el Romanticismo derivó hacia dicho ámbito a las letras chilenas. Por tanto, hubo en ellas pocos ecos de Italia: entre otros, recordemos el caso de Andrés Bello, que tradujo, aunque en forma incompleta, el *Orlando enamorado*, de Boiardo; el de Salvador Sanfuentes, que, en cuanto dramaturgo, escribió *Juana de Nápoles*, obra efectista y melodramática de sólo mediana calidad; y el de Eduardo de la Barra, que en medio de sus variadas ocupaciones artísticas, tradujo composiciones de Horacio, publicándolas en 1899, obviamente con el título *Odas de Horacio*.

Diferente fue la situación durante el siglo XX. En efecto, especialmente nuestros poetas mayores se relacionaron directamente con Italia en viajes, estadías, representación consular y, por cierto, en su produc-

ción artística. También la relación se ha dado en varios otros poetas y narradores, unos italianos avecinados en Chile y otros descendientes de italianos, todos los cuales han tenido figuración más o menos importante en las letras nacionales.

Revisemos algunos casos.

Gabriela Mistral

Por lo pronto, bastaría recordar a Gabriela Mistral, que creó parte de su pseudónimo tomando el nombre de Gabriele D'Annunzio; que trabajó en el Consejo Administrativo del Instituto Cinematográfico Educativo de la Liga de las Naciones, en Roma, en 1928; que fue nombrada Cónsul Particular de Elección en Nápoles en 1932, aunque no asumió sus funciones debido a normas del Gobierno italiano de la época; que obtuvo en 1950 un nuevo nombramiento consular en dicha ciudad, y posteriormente en Rapallo, cargos que esta vez ejerció normalmente; y que fue vicepresidenta honoraria del Instituto Chileno-Italiano de Cultura de Santiago en 1947.

Pero no fue sólo eso: como ha recordado el Profesor Roberto Verdi en el Prefacio a *Italia caminada*, obra que reúne prácticamente todos los escritos en prosa de la poetisa sobre dicho país y que fue publicada en 1989, como homenaje en el centenario del nacimiento de la poetisa, Gabriela expresaba en carta a Eduardo Frei Montalva: "...el pueblo italiano es el que yo amo más entrañablemente en este mundo, al lado del criollaje americano..." Y ese amor a los italianos, que quedó estampado en excelentes prosas sobre algunas de sus figuras más destacadas—Santa Catalina, San Francisco, Leonardo, Miguel Ángel, Donatello—, se extendió al país, a los cipreses de la Toscana, a las viñas de la Umbría, a los abetos de los Abruzzos, al lirio heráldico de Florencia, al Duomo de Siena..., es decir, a muchos lugares y monumentos contemplados por ella con delectación amorosa y penetrante, como ha señalado Miguel Arteche. Ese amor se extendió también a la labor de los inmigrantes llegados a América, y particularmente a Chile, desde diferentes regiones italianas, desde Liguria a Calabria, desde Véneto a Sicilia. Gabriela lo expresó así en su epistolario:

"Cuando desembarcan en las costas argentinas, uruguayas o chilenas, la gente piamontesa, la ligura y la napolitana, que buscan tierra, lo que llega a nosotros en esa sangre trashumante, son los oficios medievales, los técnicos de hoy, uno por uno: desde la ebanistería hasta la escultura, y desde la química industrial hasta el bordado de Portofino; desde el autodidactismo inspirador del Giotto hasta la sabiduría de Leonardo y el pensamiento esclarecedor de Croce."

Naturalmente, porque ella era así, sus prosas sobre Italia son finas y delicadas, pero a la vez fuertes y profundas.

“El Arno pasa como un esposo tocando largamente el costado de Florencia. D’Annunzio lo ha llamado el “río de oro”. Pasa, en verdad, con una lentitud de oro fundido, como gozando su lecho. Lleva algo de la gravidez de la sangre; la ciudad acaso tiene esta sangre dorada. En alguna hora me pareció el Arno entero un aceite precioso que no fluía; las barcas no acaban de pasar nunca. Tres puentes sobre el Arno: el puente Viejo, o de los Plateros, el de la Gracia, el de la Trinidad, tendidos hacia la otra Florencia, y hacia la colina maravillosa de San Miniato. La tarde florentina huye por esos puentes hacia la otra orilla; en un momento atónito el crepúsculo parece saltar como un leopardo de oro por cada uno de ellos”,

expresa en su prosa sobre la histórica ciudad.

¡Qué distinta es su réplica sobre el desprecio de Papini hacia América o su “Respuesta a los italianos” a propósito de dos artículos aparecidos en el diario *La Italia* sobre algunas de sus opiniones, siempre francas y verídicas! Hay allí fuerza incontenible y dura y argumentación difícil de rebatir.

Entre ambas maneras, preferimos, sin duda, la de “Motivos de San Francisco”, esa serie de textos hermosísimos en que la poetisa va rememorando la vida del pobrecito de Asís. Hermosos y hondos todos ellos, y ejemplarizadores, como éste, titulado “La delicadeza”:

“Una abeja se ha entrado en un lirio. Se sacudieron un poco los pétalos y ella penetró en la corola. Hace un pequeño rumor, y el lirio se mece. La flor estaba llena de miel, y con el peso del polen abundante en el pistilo, la abeja sale con las manos manchadas y las patitas goteantes. El lirio se queda después íntegro y sereno. Yo quiero, Francisco, pasar así por las cosas, sin doblarles un pétalo. Que quede sólo un rumor dentro de ellas y la suavísima remembranza de que me tuvieron.”

Hay mucho más de Italia en Gabriela, por supuesto, pero de ello hablará en este ciclo el Profesor Luis Vargas Saavedra.

Pablo Neruda

Diferente fue Italia para Pablo Neruda. Para el gran poeta, Italia fue especialmente la isla de Capri y, en ella, el amor de Matilde Urrutia.

La isla misma ya había sido cantada en el poema “Cabellera de Capri”, uno de los seis que conforman la séptima parte del libro *Las uvas y el viento*, titulada “La patria del racimo”:

“Capri, reina de roca,
 en tu vestido
 de color amaranto y azucena
 viví desarrollando
 la dicha y el dolor, la viña llena
 de radiantes racimos
 que conquisté en la tierra,
 el trémulo tesoro
 de aroma y cabellera,
 lámpara cenital, rosa extendida,
 panal de mi planeta.
 Desembarqué en invierno.
 Su traje de zafiro
 la isla en sus pies guardaba,
 y desnuda surgía en su vapor
 de catedral marina.
 Era de piedra su hermosura.”

Pero el libro de Neruda en Italia, sin duda, es *Los versos del Capitán*, poemario publicado por Paolo Ricci en Nápoles en 1952, por suscripción, y extraño por el anonimato de su autoría, cuya paternidad fue reconocida por el poeta con posterioridad, pues no quería herir más todavía a Delia del Carril, de quien estaba separándose. *Los versos del Capitán* es, ciertamente, el libro del amor, del amor a Matilde: “Me dio su amor, con toda la pasión de que él era capaz de sentir y yo lo amé como nunca me creí capaz de amar”, como señala Rosario de la Cerda, nombre ficticio de la destinataria de esos poemas, cargados “con la crudeza de sus palabras que me quemaban como brasas”, como ella misma expresa en la carta-prólogo a la primera edición. El conjunto de las partes de la obra —El amor, El deseo, Las furias, Las vidas, Oda y germinaciones, Epitalamio y La carta en el camino— constituye acabada muestra de la brillantez y fuerza de la palabra del poeta, avivada por los momentos intensos de su vivencia en Capri:

“Toda la noche he dormido contigo
 junto al mar, en la isla.
 Salvaje y dulce eras entre el placer y el sueño,
 entre el fuego y el agua.
 Tal vez muy tarde
 nuestros sueños se unieron
 en lo alto o en el fondo,
 arriba como ramas que un mismo viento mueve,
 abajo como rojas raíces que se tocan.”

Hay poco más de Italia en la obra nerudiana: el recuerdo de las “dulces olivas verdes de Frascati”, el poema al pintor Guttuso, el lamento por la muerte de la fotógrafa y revolucionaria Tina Modotti, la men-

ción del “aceite dorado de Italia” en “Odas y germinaciones”, el que allá bautizaran “Medusa” a Matilde, como expresa el poema XIV de los *Cien sonetos de amor*; y otra vez “Los amantes de Capri” en *La barcarola*.

Vicente Huidobro

Muy otra fue la relación de Vicente Huidobro con Italia, y no precisamente en sus poemas, donde apenas menciona, en “Expres”, de *Poemas árticos*, y por supuesto a la manera creacionista, su deseo de

“Aspirar el aroma del Monte Rosa
Trenzar las canas errantes del Monte Blanco
Y sobre el cenit del Monte Cenit
Encender en el sol muriente
El último cigarro”,

indicando, además, que “Una corona yo me haría” con Roma, Nápoles y otras cuatro grandes ciudades europeas y que los “Apeninos gibosos marchan hacia el desierto”.

La relación se da en los Manifiestos –ya lo ha dicho el Profesor Nordenflycht–, por ejemplo recordando al Cicerón que decía “Hay que estar poseído de la locura para componer versos hermosos”, repitiendo dos veces la frase “Mientras menos se razona, más fantasía se tendrá”, escrita por Vico en 1725 en su *Scienza Nuova*, y discutiendo ácidamente las propuestas de Marinetti en el manifiesto “Futurismo y maquinismo”, con su ironía y desparpajo habituales:

“Marinetti ha dicho en sus conferencias que el futurismo ha sido el impulso, el punto de partida de todas las revoluciones actuales. Cómo, pues, querido amigo, si ya existía el cubismo cuando llegasteis a París con algunos poemas estilo Carducci exaltado y dos pintores impresionistas que abrían la boca ante los cuadros de Matisse. El día que fuisteis por primera vez al taller de Picasso quedó algo marcado en vuestra vida. Seamos sinceros, esto os ha cerrado un camino, ¿no es cierto? Y si digo que el futurismo no ha aportado nada es porque aquí tengo, ante mi vista, vuestros poemas, y que aun los más modernos son más viejos que los de Rimbaud, Mallarmé, Lautréamont, Saint-Pol-Roux. No habéis dado ni un paso de medio centímetro hacia delante después del simbolismo. (...) Cantar la guerra, los boxeadores, la violencia, los atletas, es algo mucho más antiguo que Píndaro”.

Y entre los poetas, aunque muy posteriormente, recordemos también que Raúl Zurita no sólo se desempeñó como Agregado Cultural a la Embajada de Chile en aquel bello país y recibió el Premio Pericle D’Oro en Calabria por el valor ético de su obra, sino que incluso el título de uno de sus libros, *La vida nueva*, publicada en 1994, lleva el título y ecos de

la *Vita nuova* del Dante, tema al que se referirá el Profesor Blume durante este ciclo.

Pero ha habido otra clase de cercanía a Italia entre narradores, poetas, dramaturgos y críticos literarios chilenos, puesto que algunos, como Domingo Melfi y Enrique Volpe, nacieron en Italia, aunque hayan venido a Chile en su niñez, nacionalizándose más tarde; y que otros son descendientes de italianos, como Roque Esteban Scarpa Straboni, Enrique Moletto, Juan de Luigi, Ester Cosani, Claudio Giaconi, Armando Cassigoli, Jaime Giordano, Claudio Bertoni, Carlos Genovese, Juan Antonio Massone y Alejandra Costamagna, aunque en sus obras, salvo la excepción de Volpe, con los poemas de *Tierra Padana*, *Salmos de Viernes Santo*, publicados en 1987, y *Una Guitarra del Sur: 1963-1972*, recopilación de poemas del poeta italiano Rocco Cambareci, no haya referencias vitales o literarias a sus lugares de origen o al de sus padres o abuelos.

Sin embargo, haremos brevemente una reseña de cada uno de ellos.

Domingo Melfi

Domingo Melfi nació en Italia en 1896. Fue traído a Chile de niño y, más tarde, se nacionalizó chleno. Obtuvo el título de odontólogo, pero ejerció breve tiempo, dedicándose luego al periodismo. Inició sus colaboraciones en la revista "Sucesos", de Talca, bajo el seudónimo Julián Sorel. En Santiago, publicó críticas literarias en "La Nación", a veces con el seudónimo Marco, en tiempos en que el crítico oficial era Hernán Díaz Arrieta, Alone. Llegó a ser Director del diario "El Mercurio" de Santiago y colaboró con "El Sur", de Concepción. En aquella ciudad, la Universidad de Concepción lo nombró Director de la prestigiosa Revista *Atenea* en 1931, cargo que ejerció hasta su fallecimiento en 1946.

En sus obras se evidenció su preocupación por la literatura chilena, sobre la que escribió con profundidad conceptual, sencillez y elegancia de lenguaje. Tres son los libros en que planteó su visión sobre el particular: *Estudios de literatura chilena* (1938), *El viaje literario* (1945) y *La Generación literaria de 1900* (sin fecha). En ellos ofrece visiones amplias, como "Panorama literario chileno", "El campo en la generación literaria de 1900" o "Perspectiva de la novela", o estudia en particular a determinados escritores: "Daniel Riquelme", "Carlos Pezoa Véliz", "Baldomero Lillo" y otros, lamentando la falta de interés generalizado por adentrarse literariamente en los grandes dramas humanos, a pesar de que cualquier "mirada sagaz, tendida sobre la vida actual, descubre problemas vitales, casos dolorosos de conciencia, crisis del alma, flaquezas y miserias, lacerías y grandezas", como expresa hablando del teatro nacional. Celebra, en cambio, el acercamiento a la Naturaleza, a la que se le ha dado categoría estética.

En el ámbito literario, publicó también algunas notas sobre *El Congreso de escritores en Buenos Aires* (1936) y *Panorama de la literatura argentina y uruguaya* (1937), ensayo que entrega una clara exposición sobre el tema.

Melfi publicó también ensayos sobre otras temáticas, siempre interesantes y bien escritas: *Portales* (1930), *Dictadura y mansedumbre* (1931), *Sin brújula* (1932), *Indecisión y desengaño de la juventud* (1935), *Dos hombres: Portales y Lastarria* (1937), *El hombre y la soledad en las tierras magallánicas* (1940) y *Tiempo de tormenta en el remate de un viejo palacio santiaguino* (1945). Además, un libro de recuerdo de viajes: *Pacífico-Atlántico* (1934).

Juan de Luigi

De Luigi, nacido en 1901, ha quedado en las letras chilenas como un muy buen crítico literario, ensayista y prologador de numerosas obras de escritores nacionales. Sus artículos sobre diferentes obras, a veces firmados con el pseudónimo The Ripper, fueron publicados en diarios como *La Hora*, *Extra o Multitud*; y sus ensayos, eruditos, pueden encontrarse especialmente en la revista *Atenea* y en los *Anales de la Universidad de Chile*. Lamentablemente, hasta hoy no han sido recogidos. Se recuerda que Pablo de Rokha, que insultaba a todos los críticos literarios, los que, por supuesto, no comentaban sus obras, respetaba a de Luigi, quien escribió sobre dicho poeta con interés y admiración. Falleció en 1960.

Ester Cosani

Nacida en 1914, Rita Cosani en la vida civil, dedicó su obra literaria casi completa a los niños, a base de leyendas y cuentos de lenguaje sencillo y trama imaginativa. Reunió sus relatos en los volúmenes *Leyendas de la vieja casa*, de 1938; *Para saber y contar*, de 1939; *Leyenda de la Quena* (1939), *Cuentos a Pelusa*, de 1939; *Las desventuras de Andrajo*, de 1942, y *Cuentos a Beatriz*, de 1957. La mayor parte de estas narraciones ha mantenido su vigencia durante largos años.

Ester Cosani incursionó también en la dramaturgia en 1951 con *La Casa de las Ratas*, obra premiada por la Dirección del Teatro Nacional.

Roque Esteban Scarpa Straboni

Descendiente de yugoeslavo y de italiana, nacido en Punta Arenas en 1914, dedicó vida y obra a la poesía, a los estudios literarios y a la docencia.

Su poesía revela, al decir de Juan Antonio Massone, “toda una humanidad despierta en la lucidez de una pasión: la de sentir que uno debe hallarse en la entrega fecunda del trabajo responsable, en la defensa de las convicciones sin alarde, de una vida cristiana y confiada permanentemente en la perfectibilidad de los hombres”. Sus poemarios son *Mortal mantenimiento*, de 1942, Premio Sociedad de Escritores de Chile; *El tiempo y Cancionero de Hammud*, ambos también de 1942; *Luz de ayer*, de 1951; *El Dios prestado por un día*, de 1976; *Con ansias vivas y sin mortal cuidado*; *No tengo tiempo*, Premio Municipal de Santiago; y *El árbol deshojado de sonrisas*, los tres de 1977; *La ínsula radiante*, de 1978, y *La raya en el aire*, ambos de 1978; *Las figuras del tiempo*, de 1979; *El laberinto sin muros*, *Variaciones sobre un antiguo corazón* y *Ciencia de Aire*, los tres de 1981. Como se ve por las fechas, hay dos períodos en esta poesía, diferenciados por la mayor profundidad conceptual y expresiva y por la extensión temática del segundo.

A la producción anterior, debe agregarse valiosos estudios y antologías debidos a su calidad de excelente profesor. Entre los primeros, recordemos, como ejemplo, *El maestro de Soledades*, *Thomas Mann, una personalidad en una obra*, *El dramatismo en la poesía de Federico García Lorca*, *Una mujer nada de tonta* y *La desterrada en su patria*. Entre las segundas, también entre otras, *Poesía religiosa española*, *Lecturas medievales españolas*, *Lecturas Modernas españolas*, *Poesía chilena contemporánea* y, muy especialmente, las recopilaciones de prosas de Gabriela Mistral como *Magisterio y niño*, *Grandeza de los oficios*, *Elogio de las cosas de la tierra* y otras.

Roque Esteban Scarpa Straboni fue Director de la Academia Chilena de la Lengua y correspondiente de las de Sevilla, Córdoba, Paraguay y Cuba; ocupó la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos y recibió el Premio Nacional de Literatura en 1980.

Si bien no hay ecos de Italia en su obra literaria, ellos fueron abundantes en sus recordadas clases de literatura de Grecia y Roma en la Universidad, donde encendió en sus alumnos el amor hacia los clásicos de la Antigüedad.

Enrique Moletto

Nacido en 1923, Enrique Moletto, descendiente de italianos, es un dramaturgo de producción escasa, pero valiosa, compuesta por cinco obras: *La Torre*, de 1960, que obtuvo el Premio Gabriela Mistral; *Un Cambio Importante*, *La Llamada* y *El Telescopio*, todas de 1960; y *El Sótano*, ganadora de los premios Municipal y Alerce, de 1962.

Moletto es también autor de la novela *Sólo Calle Arriba*, publicada en 1951.

Claudio Giacconi

De ancestros italianos, nacido en 1927, este autodidacta becado en 1960 por el Gobierno de Italia por más de un año y que hizo luego estudios de Sociología en la Universidad de Lovaina, viajó más adelante a México y Estados Unidos, país donde echó raíces. Publicó en 1954 el volumen de cuentos *La difícil juventud*, que recibió el Premio Municipal de Santiago. Hay en ellos angustia y violencia contra sí mismo –tal vez influencia de sus lecturas de Dostoievski, Joyce y Faulkner–, expresada con desenfado en “prosa violenta, rica, torturada”, al decir de Enrique Lafourcade, pero en correcto lenguaje, quizá algo áspero. Escribió, además, el cuento “El sueño de Amadeo”, en 1959, y el ensayo biográfico sobre Nicolás Gogol titulado *Un hombre en la trampa*, que apareció en 1960. Recibió el Premio Gabriela Mistral.

Armando Cassigoli

Nacido en 1928, su calidad de Profesor de Filosofía y de Decano de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, ha sido importante en su obra narrativa. De “espíritu festival, lleno de humor y alegría de vivir, con una prosa rica en originales giros y observaciones”, como ha recordado Enrique Lafourcade, su obra cuentística está conformada por *Confidencias y otros cuentos*, de 1954; *Sobre la sangre en llamas*, de 1967, y *Pequeña historia de una pequeña dama*, de 1971, este último volumen galardonado con el Premio Municipal. Su registro se amplió a las novelas *Ángeles bajo la lluvia*, de 1960, Premio Municipal de Novela, y *Cuadernos de un hombre asustado*, de 1964. En todas ellas, el relato se complementa con reflexiones profundas sobre los problemas de la sociedad de la época.

Cassigoli, que ejerció la Vicepresidencia de la Sociedad de Escritores de Chile y dirigió la Revista de dicha institución, incursionó también en 1958 en la dramaturgia con *Tres cuentos para escenario: La avispa, El repollito y El socio de Dios*, y dio a conocer a varios narradores jóvenes en la antología *Cuentistas de la Universidad*, publicada en 1959.

Jaime Giordano

Poeta, dramaturgo y ensayista nacido en 1937, Giordano fue director de la revista *Extremos* y académico en universidades de los Estados Unidos. Ha incorporado en sus poemas las características que él mismo, en sus estudios, señala como propias de los poetas de su generación, especialmente de los relacionados con la ciudad de Concepción:

ficcionalización como estrategia del discurso, proliferación de disfraces y máscaras como formas de sobrevivencia, hablantes líricos caracterizados como sujetos perdidos, desamparados y errantes en mundos extraños; extrañamiento del lenguaje, fragmentarismo, empleo de palimpsestos y otras.

Su obra poética ha sido publicada en *Clemátides* (1965), *Eres Leyenda* (1982), *Marzo* (1984), *Reunión Bajo las Mismas Banderas* (1985), *Academias y Otros Poemas* (1986), *Libro I. Marzo (1956-1978)*, *Libro II. Eres Leyenda (1979-1984)*, *Libro III Alegrías y Sacramentos (1984-1986)* y *En Monsalvat (1986-1999)*. *Ritos de Clausura. Libro IV*. A ella se agregan la obra dramática *Detrás de los Árboles* (1985), en colaboración con Juan Gabriel Araya; los ensayos *Teoría del Enigma Rubén Darío* (1967), *La Edad del Ensueño* (1971) y *Dioses, Antidioses... Ensayos Sobre la Poesía Hispanoamericana* (1987); y la antología *30 Años de Poesía de Concepción* (1964), en colaboración con Luis Antonio Faúndez.

Enrique Volpe

Nacido en Piamonte en 1938, Volpe fue traído a Chile diez años después, nacionalizándose más tarde. Lector de Juvencio Valle y Jorge Teillier, ha publicado sus propios poemarios: *Días de Sal y Cenizas* (1978) e *Imperfecto Exilio* (1997), a los que debe agregarse *Tierra Padana*, *Salmos de Viernes Santo* (1987). Su gusto por la historia lo llevó a escribir el poema épico *Crónica del Adelantado* (1990), en torno a la figura de Diego de Almagro, que recibió Mención Honrosa del Premio Municipal de Poesía y buena acogida de la crítica. Asimismo, sus vivencias campesinas y el conocimiento de relatos sobre bandidos, fueron el asunto de su novela *Responso para un Bandidero* (1996), fuerte, de buena prosa y empapada a ratos de lirismo, obra que se inserta en una tradición narrativa en la que han sobresalido Rafael Maluenda y Carlos Droguett, al igual que *Un Capitán en las Fronteras del Infierno* —basada en la vida de Ramón Hernán Trizano—, ganadora del Premio Novela del Concurso Alerce 2000 de la Sociedad de Escritores de Chile antes de ser publicada el año 2001.

Volpe ha escrito otras novelas que no ha publicado, una de las cuales, *Sombras del Tiempo*, recibió el Premio Gabriela Mistral 1984 para novela inédita. Su obra se completa con *Una Guitarra del Sur: 1963-1972*, recopilación de poemas del poeta italiano Rocco Cambareci, y *Melipilla en la Literatura Chilena* (1986), en colaboración con Gustavo San Martín.

Claudio Bertoni

Nacido en 1946, sus experiencias juveniles en Estados Unidos e Inglaterra lo llevaron temprano, junto a Cecilia Vicuña, a fundar el grupo Tribu No, dedicado al que denominaron “arte precario”, especialmente por los materiales utilizados en su elaboración. Más tarde, ha publicado poemarios en que habla de lo cotidiano, del amor, del dolor y de la muerte, con lenguaje simple y fino sentido del humor: *El Cansador Intrabajable* (1973), *El Cansador Intrabajable II* (1986), *Sentado en la Cuneta* (1990), Premio Municipal de Santiago; *Ni Yo* (1996), Premio Consejo Nacional del Libro y la Lectura; *De Vez en Cuando* (1999) y *Una Carta* (1999).

Carlos Genovese

Su padre, piamontés, emigró de Torino a Argentina y luego a Chile, donde casó con chilena y tuvo a su hijo Carlos, nacido en la ciudad de Concepción en 1937.

Dramaturgo, actor y director teatral, Carlos Genovese egresó de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile en 1970. Se ha desempeñado en diferentes compañías de teatro independiente y, desde 1980, es integrante del Teatro ICTUS. Además, coordina el Taller de Narración Oral “Cuentacuentos” e imparte docencia en academias de teatro y universidades privadas.

No sólo ha escrito numerosas obras dramáticas y guiones para televisión, video y cine, sino que también ha participado en diversas creaciones colectivas, completando su labor en pro del arte dramático y teatral a través de su colaboración habitual en publicaciones internacionales de teatro y comunicación. Y su preocupación por la difusión teatral entre los niños, lo llevó a publicar, en colaboración con Jorge Díaz, *Manual de Teatro Escolar* (1994).

Genovese es autor de *Fábula Elemental* (1979), *Sálvese Quien Pueda* (1980), en colaboración con Óscar Castro; *Dos en el Desván* (1990) y *La Guerra Transparente* (1990). Además es coautor, con ICTUS, de *La Mar Estaba Serena*, *Sueños de Mala Muerte*, *Primavera con una Esquina Rota*, *Residencia en las Nubes*, *Lo que Está en el Aire* y *Pablo Neruda Viene Volando*; y en colaboración con Nissim Sharim, *Prohibido Suicidarse en Democracia*.

Juan Antonio Massone

Massone, nacido en 1950, es nieto de italianos venidos de Génova a Chile. Su formación en el Liceo San Agustín y, más tarde, su relación profesional con el mismo Liceo y con la biblioteca del Padre Al-

fonso Escudero, sin duda han determinado en gran medida la obra literaria de este poeta, antologador, profesor y miembro de la Academia Chilena de la Lengua; a lo que debe agregarse el hecho de haber sido discípulo y amigo de Roque Esteban Scarpa.

Su labor poética trasunta afectividad, sentido profundo de la fugacidad del tiempo y anhelo de plenitud trascendente. En poemas que a ratos recuerdan a los grandes clásicos españoles de los siglos dorados, nos conduce a una visión de la vida contrapuesta a la superficialidad de los tiempos actuales. Sus poemarios son: *Nos Poblamos de Muertos en el Tiempo* (1976), publicado junto a un trabajo poético de Miguel Ángel Godoy; *Alguien Hablará por mi Silencio* (1978), dividido en cuatro partes, centrado en los temas del amor y la soledad y con prólogo de Roque Esteban Scarpa; *Las Horas en el Tiempo* (1979), poemas en que, con palabras precisas y plena conciencia del oficio poético, llega a lo cotidiano y a lo religioso; *En Voz Alta* (1983), que profundiza el tema de la escritura como conciencia y fugacidad; *Las Siete Palabras* (1987), obra hermosa y profunda en la que propone la interioridad crucial de la experiencia de la Cruz, “utilizando con acierto un lenguaje de la razón y la sensibilidad para alcanzar una creación trascendente que irradia vocablos, símbolos e imágenes”, al decir de Carlos René Correa (57); *Poemas del Amor Joven* (1989), síntesis de sus abandonos y presencias; *A Raíz de Estar Despierto* (1995), poemas que manifiestan su posición frente a un mundo cuyos antivalores rechaza, y *Pedazos Enteros* (2000), que profundiza sus temáticas de siempre.

La obra literaria de Massone, extensa e importante, se completa con una gran cantidad de excelentes ensayos, antologías, prólogos a obras de autores chilenos y extranjeros, índices de revistas literarias, artículos en la prensa y textos escolares.

Alejandra Costamagna

Periodista, cuentista considerada en diferentes antologías, nació en 1970 y ha publicado dos novelas de bastante éxito: *En Voz Baja* (1996) y *Ciudadano en Retiro* (1998), además de los cuentos de *Las Malas Noches* (1999) y la semblanza de María Luisa Bombal que integra el libro *Con Pasión* (2000), editado por Mili Rodríguez. Es, sin duda, uno de los valores jóvenes de la narrativa nacional.

Ecoss de Italia en nuestras letras. Como se ve, muchas resonancias en los siglos coloniales y menos posteriormente, pero siempre presentes. No es casual. Por algo Gabriela Mistral, hablando de Florencia, ha dicho:

“Puede vivirse una vida entera como prólogo de un mes florentino. En esta ciudad venimos a saber los fieles, por qué se dio a la belleza, como a un leopardo, la carne del propio corazón. Ella es el vértice de oro a donde van a hincarse los hombres de los cuatro puntos cardinales, que amaron la Gracia coronando a la vida, es decir, el lirio sobre la cabeza del león.”